

Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada.

Alicia García Ruiz

(2016) Catarata, Madrid. 120 pp.

Manuel Cruz

Universidad de Barcelona

manuelcruz@ub.edu

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2017.3829>

Mirando de reojo el presente

En ocasiones me ha venido a la cabeza una imagen, tomada del mundo del fútbol, que tal vez podría funcionar a modo de criterio para distinguir dos formas de conducirse en materia de pensamiento. Hay quienes se conducen en el terreno de las ideas como determinados futbolistas legendarios lo hacían en el terreno de juego. Algunos de ellos -los mejores, sin duda: no puedo evitar, por razones generacionales, la evocación de la imperial figura de Franz Beckenbauer- avanzaban majestuosos por el campo, con la cabeza erguida, oteando el horizonte con expresión inteligente, pensando cuál era el movimiento más adecuado, el pase que podía romper las líneas del equipo rival o la zona del campo más conveniente hacia la que descargar el juego. Dominaban con la mirada la totalidad de la cancha y apenas se dignaban prestar atención a la pelota, que parecía acompañarles, solícita, como el perro acompaña el movimiento de sus patas a la variable velocidad en el caminar que va marcando su amo.

Y se me ocurría que hay quienes parecen pensar inspirándose en esta figura. Que no andan pendientes del argumento secundario, de la polémica alicorta o del último autor que ha alcanzado una notoriedad efímera, cosa que les asemejaría a esos futbolistas menores que temen perder de vista ni que sea por un instante el esférico (lo que les aboca constantemente a medir mal las distancias, errar los pases y disparar desviado), sino que, por el contrario, diseñan problemáticas poderosas, dibujan amplios universos discursivos, para luego recorrer con autoridad y elegancia, con determinación y firmeza esos territorios de pensamiento roturados por ellos mismos.

Volví a pensar en esta imagen hace escasas semanas, mientras leía el libro de Wendy Brown *El pueblo sin atributos* (2015), en el que la pensadora norteamericana recorre, con la solvencia intelectual y la solidez que le caracterizan, el territorio constituido por las fuentes intelectuales de las que beben los planteamientos neoliberales hoy hegemónicos en tantos ámbitos. Y pensaba a continuación que en cierto sentido este *Impedir que el mundo se deshaga* se puede considerar un libro complementario del de la pensadora norteamericana, de la

misma forma que su autora se maneja en materia de pensamiento con una desenvoltura y autoridad que recuerdan a las de Brown.

Bastaría con comprobar el tratamiento que hace Alicia García de la cuestión de la fraternidad, una cuestión visitada últimamente por algunos de nuestros políticos con una ligereza y una superficialidad casi irritantes. Porque en el capítulo correspondiente de este libro queda claro que, aunque la fraternidad se inspire en una metáfora, la de que los individuos o ciudadanos libres se tratan políticamente a sí mismos como hermanas y hermanos de una misma familia extendida que es la sociedad, de dicha metáfora se desprende un tipo específico de relación política y jurídica. Entre otras razones, porque donde el concepto pone el énfasis es en la relación horizontal (entre hermanos), no en la relación vertical que comparten (con el padre). El nervio de la fraternidad, pues, es la exigencia de que los fraternos se traten entre sí como iguales (como iguales son las hermanas y hermanos de una misma familia).

Nos encontramos, queda claro, ante una premisa categorial con contenido o, para ser más precisos, con un inequívoco aliento emancipador. Por decirlo con las palabras de un autor que Alicia García conoce bien, Etienne Balibar, “fraternidad” quiere decir universalización de la *egaliberté* republicana (Balibar, 2017). Nada más alejado, por tanto, del espíritu de la fraternidad que contentarse con la generalización de determinados afectos, como hace un cierto *fraternalismo light* (más próximo al insustancial *todo el mundo es bueno* que al valor republicano en sentido propio, como hacen quienes entre nosotros proponen como solución mágica al conflicto territorial que padece este país unas cuantas paletadas de fraternidad en las grietas del edificio común).

No es este el único momento del libro en el que la autora parece escribir mirando de reojo el presente. En realidad, el texto por entero está atravesado por el convencimiento de que todas las propuestas que en él se plantean deben terminar desembocando en lo que ahora hay, como se anuncia desde la primera línea. Pero la virtud del libro no es tanto esta, como el modo en que dicha desembocadura se produce, tras el análisis rico y ponderado de las ideas que constituyen la arquitectura básica del pensamiento ilustrado.

Porque lo que, empezando por el final del libro, acabo de comentar respecto a la fraternidad, también podría predicarse de otros aspectos del mismo. De ahí la referencia a la manera específica en que Balibar ha intentado anudar las otras dos categorías de la divisa revolucionaria francesa. Alicia García percibe de inmediato - hasta el punto de que el propio subtítulo del libro apunta a ello- que la reivindicación de la célebre tríada no se puede plantear en términos de mera idea reguladora, de horizonte al que tender, como si su condición de ideales lejanos las pusiera a salvo de cualquier crítica o adecuación al presente.

Si así lo creyéramos probablemente estaríamos recayendo (o no conseguiríamos alejarnos, como se prefiera decir) de una visión de la historia prisionera de un convencimiento progresista que no parece ser, definitivamente, el caso. Hay que atender -necesaria, ineludiblemente- a las formas particulares, concretas, que hoy van adoptando en nuestras sociedades tanto la libertad como la (reclamación de) igualdad, así como las cambiantes relaciones que se van estableciendo entre ambas. ¿O es que fenómenos como el certificado crecimiento de las desigualdades en nuestras sociedades no obliga a pensar que el horizonte igualitario está sembrado de dificultades de todo tipo que reclaman nuestra atención crítica? Y qué decir respecto de la libertad. No en vano la antes mencionada Wendy Brown se formula en su conocido artículo “Ahora todos somos demócratas” (2010:

77) la inquietante pregunta: "¿quiere la gente alcanzar realmente la libertad que la democracia promete?".

No se trata, supongo que se entiende, de dejar de creer en la democracia política como realización de la libertad humana, o de soslayar lo que tiene de proyecto por definición siempre inacabado¹, sino de poner los medios para que su materialización esté cada vez más cerca. Ello pasa por constatar los cambiantes obstáculos con los que dicho anhelo se ha ido encontrando a lo largo del tiempo, obstáculos que algunos han resumido en la idea de que en nuestra época ha sido el propio capitalismo el que se ha convertido en el principal enemigo de la democracia, la instancia que más puede contribuir a que el mundo se deshaga, por utilizar la brillante formulación de Alicia García.

Pero la radicalidad del filósofo (de la filósofa en este caso) es radicalidad en materia de ideas (la radicalidad política es cosa que atañe a su particular condición de ciudadano) y se reconoce por el hecho de que su pensamiento no retrocede ante ningún tópico, por más consolidado que pueda estar incluso entre los suyos. A este respecto, la radicalidad de la autora está fuera de toda duda. De ahí su atrevimiento -su sano atrevimiento me atrevería a decir- a pensar la relación entre los tres términos de la tríada no en términos de mera adición, suma o yuxtaposición, términos que han venido permitiendo la repetición de afirmaciones del tipo "la solidaridad es la nueva forma de la fraternidad", "la fraternidad es la gran olvidada", "libertad e igualdad no son contradictorias" y similares. No se trata de que tales afirmaciones sean erróneas, disparatadas o insustanciales, sino de que con demasiada frecuencia se ven utilizadas en el debate público de tal manera que convierten unas categorías que necesitarían ser reconsideradas críticamente en meros eslóganes políticos *prêt-à-porter* sin mayor densidad teórica.

Alicia García sabe evitar ese engañoso confort intelectual y nos invita a pensar, más bien, en términos de contrapeso y control mutuo entre las tres instancias. Así, la lectura ingenua, rousseauiana, buenista, que parecía dar por supuesto que la corrección de las injusticias traería consigo un mundo mejor (como si las injusticias no las protagonizara nadie, como si los protagonistas no constituyeran un contexto al que también hay que atender), es sustituida en el texto por el convencimiento de que hay que dotarse de instrumentos (teóricos en el plano del análisis y prácticos en la esfera de la política) que permitan equilibrar y contener unas fuerzas subterráneas que, de otro modo, abocan a un mundo indeseable.

Importa destacar, para finalizar, que todo lo anterior no pretende concluir en una alabanza del texto en tanto que producto cerrado sobre sí mismo, autosuficiente, como si se tratara de una investigación académica de la que lo mejor que se puede decir al término de su lectura es que no ha olvidado nada, que ha tomado en consideración las principales aportaciones al asunto tratado o que ha reconstruido satisfactoriamente las problemáticas implicadas. Todo eso se puede decir, en efecto: de ahí la imagen futbolística de la que partía el presente comentario, pero no es lo mejor que se puede decir del texto. Lo mejor lo he intentado apuntar en el título del presente comentario y es la voluntad de ofrecer instrumentos para medirse con el presente.

En ese sentido, el mayor elogio sería, casi paradójicamente, el hecho de que, desde otro punto de vista, no sea un texto clausurado y no solo permita seguir pensando sino que nos obligue a hacerlo. Utilizo la primera persona del plural no

¹ En la línea de aquella democracia siempre por construir a la que Dewey se refería en su artículo "Creative Democracy: the Task Before Us".

mayestáticamente, claro está, sino para incluir a la propia autora, que sin duda se va a encontrar en algún momento con una interpelación ciertamente pertinente, la de la posibilidad de que sus consideraciones acerca de (y, por qué no decirlo, su simpatía hacia) la desobediencia puedan constituir munición argumentativa para quienes, bien cerca de nosotros, apelan a esa instancia como elemento casi incuestionable para atacar leyes e instituciones democráticas. Supongo que se entiende que la observación no es una crítica, ni la denuncia de ninguna insuficiencia, sino una invitación a la autora para que enriquezca su discurso incorporando ese frente argumentativo a un debate, como el propuesto en este *Impedir...*, rigurosamente insoslayable.

Bibliografía

BROWN, W. (2010), "Ahora todos somos demócratas", en AA.VV., *Democracia en suspenso*, Madrid, Ediciones Casus-Belli, 2010, pág. 77.

BROWN, W. (2015), *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, México, Malpaso.

BALIBAR. E. (2017), *Igualibertad*, Barcelona, Herder.